

ARTE MESTIZO, ARTE CRIOLLO

El choque que produjo el encuentro entre las civilizaciones prehispánicas y los españoles acabó resolviéndose con la génesis de una sociedad y una cultura mestiza. Los españoles llevaron al Nuevo Mundo las formas artísticas peninsulares, a camino entre lo medieval y lo renacentista, y también fuertemente mestizadas, después de siglos de dominación árabe. Tuvieron que adaptar su práctica arquitectónica a las complicadas circunstancias geográficas, geológicas y climatológicas empleando materiales autóctonos y modos constructivos que durante siglos se habían demostrado muy efectivos. A menudo recurrieron a la mano de obra autóctona, de modo que la fundación de los primeros monasterios y conventos en Mesoamérica produjo el llamado arte tequitqui, que se

expresaba en sus elementos decorativos a través de temáticas cristianas con formas prehispánicas. Estas manifestaciones mestizas derivaron en la exuberancia del barroco americano, con su *horror vacui* de yeserías y cabezas indígenas que inundan fachadas, retablos e interiores, como en la capilla del Rosario en Puebla de los Ángeles.

Otro modo de expresión mestiza fueron las danzas, músicas e indumentarias indígenas de la fiesta religiosa y política. La serie de lienzos que plasman las festividades del Corpus en el Cuzco, realizada por el taller del pintor Basilio de Santa Cruz es una instantánea de esta emulsión social y religiosa. En ellos españoles, nobles indígenas y mestizos ocupan su lugar en una celebración en la que el triunfo de la fe cristiana y la defensa de sus particulares devociones son los protagonistas, dejando

testimonio de las singulares producciones artísticas efímeras de los virreinos. El sincretismo religioso dio lugar a nuevos iconos, como la Virgen de Guadalupe, la Virgen Alada, la Virgen de Potosí, el Niño Jesús vestido de emperador inca, que integraron en su iconografía la religiosidad hispana con el sustrato del panteón indígena. Algunas de estas nuevas devociones se plasmaron en obra de arte mediante ricos materiales indígenas, como en el arte plumario, la pasta de caña de maíz o la profusión de dorados de la escuela cuzqueña.

El mestizaje también lo fue con la población negra, como demuestra el lienzo de Sánchez Gallque, testimonio de una reivindicación nobiliaria al rey de España por parte de unos cimarrones ecuatorianos, con su particular mezcla de indumentaria europea y adornos indígenas.

A partir del siglo XVII y especialmente en el XVIII, la sociedad criolla reivindicó su identidad a través del arte: los cuadros de castas, acompañados de su riqueza frutícola; el retrato de los ricos comerciantes encajonados en sus casacas de seda china; los biombos de enconchados y los grandes lienzos plasmando a la sociedad virreinal en sus plazas mayores. Por ejemplo, el enorme lienzo de la Iglesia de la Compañía de Jesús en Cuzco muestra la unión de dos casas nobles, la de la realeza inca con la Casa de Loyola y Borja, como futuro germen de ese mestizaje. La plaza mayor de México reproducida en un lienzo anónimo del siglo XVIII muestra el mosaico humano de criollos nobles y burgueses, indígenas y mestizos contemplando el paseo del virrey marqués de Croix. ■ INMACULADA RODRÍGUEZ



Los mulatos de esmeralda, por Andrés Sánchez Gallque, Quito, 1599, Madrid, Museo de América.